CARLOS A. DISANDRO

REASUNCIÓN DEL PRINCIPIO HYPERBÓREO [1]

1

Se debate, por la proximidad del quinto centenario de América, un campo histórico confundido, o por el reduccionismo de un pretérito cancelado, aunque reasumido como fuente indígena prehispánica; o por el reduccionismo de una cristiandad ya obsoleta por causas más complejas y difíciles de resumir en este breve ensayo.

Deslindar campos precisamente neblinosos por una confusión inextricable, por la impericia y la insipiencia americanas, trajinadas en corrientes contradictorias, no es tarea fácil desde luego. De todas maneras el camino de América es otro, respecto de la Europa post-moderna (1950-1990) o que insinúa en este lapso una supuesta postmodernidad liberadora y galáctica, planetaria, mundialista y ecuménica, más allá de toda fuente y de toda raíz, atenta sólo a los signos de un poder; éste manipula, niega y/o concede, como la única arkhé, que sin agotar el tiempo, lo proyecta en una multívoca concentración de fuerza y destino. Pero ésta sería otra cuestión aunque implícita en los trasfondos de la real o supuesta postmodernidad.

De cualquier modo, la Europa que le precede, siglos XV-XX, nacida del humanismo erasmista y cardenalicio (Cisneros) y de Roma, y la Europa Oriental, en todo caso afectada por Bizancio, parece naturalmente insertada en la Tradición Clásica; mientras que la extrema modernidad y postmodernidad a su vez dan por canceladas y perimidas las instancias, otrora orientadoras, de aquella Tradición.

Así pues para Europa Occidental románico-germánica es menester, como decía Uvo Hölscher, reconocer una "chance" de regeneración clásica, con toda la carga de la Filología desde el siglo XVII; para Europa Oriental bizantino-eslava es menester la relectura de Fiodor Dostoievsky, Wladimir Soloview, Sergei Boulgakof, etc., por dar nombres indicativos, pero que reasumen un saber diferente (más allá de la filología erasmista), bebido en la experiencia de la espiritualidad patrística greco-bizantino-rusa. Otros parámetros pues, otra semántica, otra inhabitación del mundo del espíritu en el ámbito de la cultura y de la paideia filosófico-teológica. Pero para América, sobre todo América Románica, ¿qué? Aclaro que esta denominación pretende cancelar una disputa nominalista, verdadero laberinto de interpretaciones que aquí no discuto, tornada en un piélago de fantasmagorías inútiles sin embargo. La presencia de la Antigüedad es decisiva en la lyrica contemporánea (1900-1950), pero no sólo por estímulo de la filología reconstructiva de la cultura antigua, sino sobre todo por una experiencia que contacta con las raíces del mundo hyperbóreo. Lo que Rilke llamara *das Offene* (lo Abierto).

2

Según este breve prólogo, interpongo mi tesis de "rinascita de lo principial". Uso un vocabulario italiano, que propone una semántica compleja: Rinascimento-rinascita. Convengamos en mantenernos dentro de tales parámetros.

Por otra parte, la crisis de la Filología Latina en Europa, y la crisis de la Filología Griega, menos ostensible, nada tiene que ver con nuestra situación desértica, infecunda, in-viable, pre-cuaternaria y en dimensiones cosmogónicas, cuando no ha advenido —digo— "el reino de las Musas", para hablar en lenguaje simbólico. En suma, pretender un "rinascimento" en América Románica, haciendo del siglo XXI un siglo XV, es un disparate, una ruta inviable.

Al primer giro que despeja los lindes inexcusables, sigue un segundo giro: el latín en América y la crisis de la Iglesia Romana, cuestión que no se plantea del mismo modo para Europa Oeste y mucho menos por lo que acontece en esta década, para Europa Oriental. Pues la historia del latín en América es absolutamente in-

---

[1] Esta es la reseña del primer capítulo de un ensayo más amplio que lleva por título en latín *Brevis Tractatus "de Regenerante Principio Hyperboreo" quoad Americam*, o sea "Breve Tratado sobre la Regeneración del Principio Hyperbóreo" *en cuanto a América*. Constará de tres (3), capítulos, el 1º: Ahora reseñado y resumido para esta nota de la Revista **Ciudad de los Césares** (Santiago de Chile); el 2º: El mito griego de los hyperbóreos: la escala óntica de Bellerophonte, Perseo y Herakles; el 3º: América, reino de los hyperbóreos, o reino tifónico y aqueróntico. Su título latino obedece a una precisión semántica en cuanto a los fundamentos teológicos y filosóficos, y a la circunstancia de haber iniciado y completado parte de su redacción en latín precisamente. Pero en definitiva me pareció más llano usar la lengua romance de América.

compatible con una "*arkhé*", sobre todo entre los "latinistas", paralizados frecuentemente por la Gorgona en la concepción escolástica. De manera más clara, arrastramos una sobrecarga funesta, a causa de la *ratio studiorum*, que esterilizó a América hispánica en muchos sentidos incompatibles con la vida del espíritu.

Todo esto es, desde luego, un deslinde provisorio para mi concepción de "rinascita de lo principial", antes de ser sumergidos en las convulsiones que se preparan, inevitablemente adscriptas a nuevas utopías, pero que de todos modos comportan la "revolución semántica totalitaria". ¿Qué es pues "la rinascita de lo principial"?

3

Explico primero como siempre la semántica de la frase, la *suppositio* analítica y compuesta. "Rinascita" en su sentido fuerte románico-itálico, diverso de "rinascimento", "rinascimentale". "Principial" (neologismo castizo); no confundir desde luego con "principal". Lamentablemente el castellano tiende a mezclar e igualar, sobre todo en el castellano hablado en América, los dos epítetos, que nacen, es verdad, de la misma raíz latina, pero no significan lo mismo. "Principial" es esencia del "*Principium*", metafísicamente considerado. "Principal" torna a convertir en cabeza de la serie histórica aquella esencia semántica absoluta, o bien destaca como epíteto una identidad sobresaliente de la serie. Finalmente se torna casi un expletivo de comodidad descriptiva: refuerza una frase o un giro nominal complejo. Insisto: "principial" recupera como epíteto la onticidad absoluta, incambiable, articulada también en la manifestación. "Principal" resulta un giro congruente en una referencia semántica mayor.

La "rinascita de lo principial" es pues dimensión del *"principium"*, que es "vida y luz", deidad inconcusa y plena. Es preciso entonces releer el Prólogo de nuestro maestro San Juan Evangelista, verdadero "*tractatus*" theológico acerca de la *arkhé*. "Rinascita de lo principial" es pues óntico-theándrica, según mi vocabulario theológico, cuya historia se desenvuelve en la patrística griega con bastante claridad designativa y semántica. América no comportó ni comporta tal "injerto" hyperbóreo, como no lo comportaba el sur itálico antes de Pitágoras, Jenófanes, Parménides u otros; o en forma más general antes de la presencia espiritual, lingüística del *noein* dórico-jónico, o sea seguramente antes del siglo VIII a. C. Ese *noein* resulta connatural a la estirpe y lengua indoeuropea, y encuéntrase excluido de la estirpe mediterránea, con anterioridad al año 2000 a. C. El conflicto entre "principio" hyperbóreo y su noein connatural y divino, o mejor theándrico, remonta pues a los orígenes de la cultura profunda, y a la conciencia de una escisión con "las fuerzas aquerónticas", tan ostensibles por ejemplo en la historia de cartagineses y púnicos o tyrios, sus tensiones oscuras, semejantes a las que encontraremos en América precolombina.

"Rinascita de lo principial" tiene dos laderas: 1) la emersión del *principium*; éste es objetivo, óntico, pero no necesariamente histórico; 2) la inteligibilidad del *principium*; y éste es el lado nuestro, de la *humanitas* que se hace principial por el noein, el injerto hyperbóreo que regenera en un espacio y en un dialecto la virtud desembozante de la *arkhé*. De allí los orígenes de toda lengua poética, que en el espacio indoeuropeo, es siempre hyperbórea. Por eso aludo al "lado nuestro", *quoad Americam*, según giro epocal, que podría ser ahora apokatastásico y regenerativo respecto del noein mentado y entrevisto, en cuanto noein absoluto.

Aclaro sin embargo para no confundir la perpectiva semántica verdadera que el "principium" a que me refiero no es precisamente una suerte de *arkhé* presocrática, preparmenídea, o incluso preanaxagórica, como si América hiciera el descubrimiento de Sócrates, cuando desentrañó el *peri physeos* de Anaxágoras. Tampoco es el *einai* parmenídeo, tomista, heideggeriano, por donde caminan otros peregrinos del *noein* irrestricto. Aquí debemos interponer y reinterpretar la doctrina de Dionysio Areopagita: ella es en theología la expresión del "*principium*" hyperbóreo, como lo fue en Parménides, Empédocles y Anaxágoras. Es Dionysio quien forja la semántica de la "*theandriké enérgeia*", con la que nosotros definimos ahora de modo absoluto la esencia hyperbórea y su radicación en la *existencia* hyperbórea, mítica, lyrica, cultual, theológica, heroica, festiva, celebrante y operativa en los signos promotores, *Gestalt* protohistórica de todos los gestos históricos. Nada evolutivo comporta esta visión. Por el contrario afronta la curva involutiva, en la búsqueda de una *regeneratio*. Pues debemos reactualizar una aserción sin fronteras de divisiones dialécticas, a saber: la "theandriké enérgeia" del Areopagita es realísima en la deidad Trinitaria y en el Kosmos, incluida la Tierra, donde nos movemos, vivimos y somos. Así pues de este "*principium*" o *arkhé* se trata, la cual invistió quince siglos de pensar trinitario cristiano greco-romano-germánico, con consecuencias históricas, espirituales, culturales, lingüísticas, semánticas, estéticas, cuyas tardías olas llegan a América, en un "ricorso" ya extinguido. Ese "ricorso" apagado, a su vez se extinguió en el siglo XVII, o tal vez antes. Resulta indiferente precisar un linde nítido, pues de cualquier modo padecemos nosotros la extinción, y la carencia, o el vacío. Es una Amé-

rica de cinco siglos *depopulata* del principio hyperbóreo. El principio theándrico se ha replegado objetivamente, *realiter*; y los remanentes, secos por el desglose consecuente, caerán. Pero también alienta lo que llamo "regeneratio" o "rinascita", desde la ladera entitativa, no sólo desde la ladera del *noein* historificado, o patente en el tiempo. La primera es enérgeia independiente y libre, raíz de cada eón, con sus incognoscibles despliegues. La segunda es enérgeia del pensar, como dimensión absoluta, trocada en camino regenerativo, injerto apokatastásico, experiencia comunicativa del ente.

Ahora bien, el kairos denotado aquí representa una coyuntura de desembozo reinserto por manifestación del *principium* —como si fuera otro eón, propio de América— y por reasunción del manifestante en un pensar (*noein*) histórico, que debe disponerse, prepararse, cobijarse para América —refugio, para América— madurez de otra vía cosmogónica, intentando erigir precisamente la América theándrica. Esperaría ella en la manifestación del pensar, la "rinascita de lo principial", aducido aquí, como término del hodós y cruce del pórtico (según la imagen eleática).

Es como un itinerario mystico: la vía katártica, la vía iluminativa y la vía consumativa y unitiva. Estamos *quoad Americam discernitur* (en cuanto se puede vislumbrar para América) en la posibilidad de la primera. *Caveant Helladis filii, ne quid detrimenti res publica philologica americana capiat* (Procuren los hijos de Grecia que la comunidad de la philología americana no sufra ningún menoscabo). Tal sería la divisa para transcurrir de la primera a la segunda, y producir un cierto desembozo del acto de "pensar", sin reduccionismo. Por el contrario, la vía katártica implica la construcción (*Aufbau*) de una nueva philología en el *noein*: la aduzco pues pese a todo como ladera subsistente en la condición precaria del desglose y en el repliegue del "Principium". Philología es aquí, en el contexto de mi meditación, la reasunción originaria semántica que hace de la *lectio rerum litterarumque* (lectura de las cosas y de los textos) una experiencia lyrica hyperbórea, como fue la de Píndaro en su momento, la de Virgilio en el suyo, la de Petrarca, Darío, Rilke, en cada perfil lingüístico y en cada ostensión del *anima mundi*. Lo que Rilke llama *das Offene*, Píndaro *to thaumastón*. Por lo "abierto" y "maravilloso" esplenden precisamente los hyperbóreos, para los hombres "áureos", subsistentes en medio de las edades decaídas, como la que transcurrimos. Hasta qué punto ignoró América el fulgor hyperbóreo, sería difícil precisarlo. Quizá pugna por desocultarse en la emersión de la "utopía". Pero no resulta claro si la "utopía" no es en realidad una regresión cosmogónica, y por tanto aquende todas las edades hesiódicas o mezclada con la sangre impura de sacrificios mágicos. Pues los hyperbóreos son *divinos*, pero no mágicos. La diferencia comporta sin duda una distinción importante entre Europa hyperbórea y América atlantídea. Sería éste otro tema digno de revisarse con mayor cautela. Europa es mythico-theándrica. América es utópico-atlantídea, es decir, sede de un oscuro poder aqueróntico, vigente también hoy por misteriosos trámites geo-históricos.

He ahí pues nuestra situación ambivalente, o como se dice ahora "de alternativa" (frente a Europa, Oeste y Este). He aquí un destino posible, que forja el "principio" de una voluntad heroica, y pone a América en ámbito mítico incoativo, pero regenerativamente "principial".

4

Todo ello sin embargo implica la ascesis en el griego, en el griego helenístico, en el griego patrístico. Cuando digo "griego" no me refiero a la exangüe existencia que le damos a veces los "profesores" de griego, con la morfo-sintaxis reduccionista, sinóptica, sino a su vida real, lingüístico-histórico-textual, cultural, mystica, theológica, en una palabra, theándrica. Pues el griego es *per se* una proferición theándrica, una "enérgeia" o soplo que inviste la divino-humanidad, no el logos separado, atención, como lo ha concebido la filología positivista de siglo y medio. No. El principio theándrico inviscerado en lenguaje histórico, eso es el "griego", la "theandriké enérgeia" que dice Dionysio Areopagita y que despliega la teología de San Juan Damasceno según un desarrollo sistemático de trasfondos agapísticos, cultuales, litúrgicos y mysticos.

Pero hay un solo griego, del cual estoy hablando: de Homero a Symeón Neos Theólogos por poner hitos contrastantes. Dionysio, Symeón y muchos otros están en Homero, y Homero regenérase en ellos. Son hitos, como digo: podemos elegir otros meramente indicativos o recapitulatorios, avizorar hombre y obras, tempestades y remansos, inhabitaciones y desocultamientos complejos. Ese itinerario concreto nunca afectó a América, ni América transcurrió para nada tales penetrales o tales obumbraciones y claridades semánticas, de cuyas raíces pudiera advenirle *ein stärkeres Dasein*. De esto se trata en definitiva. Dicho ahora en términos ónticos, nunca inhabitó en ella el principio theándrico. ¿Y la Ekklesía? Este es un tema, que debo desglosar, para consagrarle un breve *Excursus* en este *Tractatus*, o si se quiere para redactar un *Tractatum americanum ad usum argentinorum*.

Por eso llamemos a Homero en lugar de Ignacio de Loyola (1491-1991); a Parménides en lugar de Descartes (*c'est la meme chose qu'Ignace*, sea dicho esto en el Vº centenario de América y en el Vº centenario del nacimiento del modernísimo Ignacio) [2]; a Píndaro, en lugar de Neruda y Octavio Paz, a Plotino en lugar de Marx; a Solón en lugar de Lenin. Una generación americana, criada y renacida en el *noein* por la libre dispensación del griego hará caer la costra que aún subsiste y que, como secaduras de una herida profunda y una sangre impura, incuba otras catástrofes terribles.

El principio theándrico obrará *per se*, si nosotros oímos: *parate vias domini, parate vias Spiritus Paracliti et Deihominis; parate per graecam linguam aut semanticam, intelligibilatem perfectam, id est, Musarum hymnein* [3]. Pues es el retorno cosmogónico-histórico a la *arkhé*, al logos theándrico, a la celebración (hymnein) pindárico de los hyperbóreos en la vastedad americana.

América sanará y fructificará en la santidad, la mystica, el *noein* y el *legein*; la res publica regenerará la justicia, y habrá hombres, pues estaremos, al fin, en el cuaternario o en el quinquenario. La gran *instauratio* pedagógica que entreveo es posible sólo con el griego, el griego cuyo *phylum* biogenético realiza lo que dice nuestro maestro San Juan, *benedictus sit!* La comunicación de la semántica griega alimenta "el pensar", lo regenera en sus raíces parmenídeas y pindáricas, lo incorpora como tensión creadora y heroica para un "decir" originario, que repliegue la fantasmagoría del barro genésico y los poderes aquerónticos que la esgrimen para la emulsión del hombre en ese barro pre-noético.

5

Quedaría la resonancia hyperbórea que coloco en el último epíteto de la frase designativa: "de *regenerante* principio hyperbóreo", en la que uso con toda intención sintáctica y metaphysica el participio presente. Se trata de una manifestación creadora de la *arkhé*, la cual históricamente es hyperbórea. El *Principium* o *Arkhé*, mentados en el sello significante de mi expresión, convienen al carácter óntico incluyente; el participio presente latino evoca en un solo término la "rinascita de lo principial" en el sentido theándrico o histórico-mythico. Ahora bien, esas condiciones por así decir absolutas, pero concebidas como fundamento biogenético, en el sentido joánico del prólogo insigne, esas condiciones pues presentan, al contexto de nuestro saber y de nuestro actuar histórico, un sesgo mythico y mythico-histórico, que conviene con la expresión misma del Principio theándrico. Es esta resonancia hyperbórea la clave para la "alternativa" que planteo *quoad Americam* (o sea, en cuanto al destino pos-moderno de la América Románica y su nueva incidencia en la América anglóphona).

La resonancia hyperbórea que aduzco comporta recuperar y renovar la vía pindárica. Tres son sus constitutivos: el poder del canto, la existencia del Héroe, la convivencia de la fiesta theándrica. Estos tres constitutivos le fueron siempre negados a América, o al menos ésta no los compartió de modo regenerativo y apokatastásico.

En cuanto al canto, encuéntrase reasumido en todos los poetas americanos de diversa densidad y significación, pero vigentes según el espíritu de la lengua: en el Norte, anglogermano y francóphono, y en el sur dentro de la expresión románica de incalculables consecuencias.

La existencia del héroe, no asumida todavía en la promoción hyperbórea, acontece sin embargo en la guerra de la emancipación americana, aún abierta por los acontecimientos hodiernos, vigentes como regeneración azarosa de héroes imprevistos.

En fin, la convivencia de la fiesta theándrica sólo resultará operativa y cognitiva al mismo tiempo, si se instaura la contemplación en el monacato americano. Este podrá vencer el desierto, la Tebaida inhóspita y hostil, y regenerar en la contemplación, el arte de la construcción **(***Aufbau***)**, como signo y diligencia de las manos operosas y articulantes; la vida del coro como instauración de la diakósmesis purificativa, en fin la *lectio* de antiguos y modernos como retorno por el camino de la *meditatio* al impulso lyrico del *anima mundi* y al pneuma que se hace letra, símbolo, imagen y develación sistemática del ente.

---

[2] De todas maneras muy importante San Ignacio para entender la modernidad y post-modernidad, quizá más importante que el mismo Lutero. Es el mejor homenaje que puedo rendirle en el Vº centenario de su nacimiento, y el mejor reclamo para entender a fondo su perfil y su obra histórico-religiosa y teológica de cuatro siglos y medio.

[3] Preparad los caminos del Señor, preparad los caminos del Espíritu Paráclito y del Dios-Hombre, preparad por la lengua griega y su semántica la inteligibilidad perfecta, esto es, la "celebración" de las Musas.

Los tres constitutivos o existieron incoativamente en América, o fueron negados y replegados por la subcultura reduccionista de la *ratio* infecunda y el *poder* aqueróntico, tornados en ámbitos devorantes o petrificadores, obstáculo insalvable a veces, para el camino hyperbóreo.

6

El itinerario humanístico griego que propongo no es un reduccionismo de filólogo, gramático o hermeneuta, confiado en la mera cultura del libro, no negada por supuesto. Es la posibilidad de integrar a América en el mito heráclico, en las raíces theándricas de San Juan Evangelista, en la fiesta cultual hyperbórea, vigente según el trasfondo de tales instancias. Simultáneamente desglosamos a América, con renuencia heráclica, en cuanto a la corrupción híbrida amenazante del judeo-cristianismo post-moderno; del reduccionismo teológico jesuita, expresión hodierna del arrianismo; del indigenismo marxista o paramarxista, que tienta un camino falso, tras reasunción fantasmagórica de la tierra por la razón leninista.

El itinerario por el griego desde Homero a Simeón el Neos Theologos, es decir, por dos milenios de lengua y cultura griegas nos facilita el camino del noein irrestricto y nos prepara para la "rinascita de lo principial", en el sentido óntico que he propuesto.

La conjunción de América y el griego es la gran fundación de la Historia Universal, cuando parecen agotados ciclos, instancias, promociones y coronaciones semánticas; cuando se exhiben triunfantes las fuerzas aquerónticas en la *ratio* telúrica, videocrática y computarizada, cuando los mil millones de americanos entre los dos polos se abren al abismo "*dei neri cherubini*", conductores de muerte, infracultura ithyfálica, hambre, genocidio y desesperación incendiaria.

La índole hyperbórea, mentada como dato regenerativo en esta meditación, no es pues un aditamento erudito, sin asidero en la realidad profunda, embozada por sobrecargas históricas inevitables, pero también por desviacionismos conscientes, inscriptos en una gran apostasía de la Luz, contra el principio hyperbóreo, apostasía concentrada en la dilapidación cosmogónica de América, como si una energía emergente del *hekatonkheiros Briareos* (el gigante mostruoso de cien brazos) —que dicen los antiguos poetas griegos— intentara someter el sistema planetario solar por la falencia absoluta musical, hímnica, de una América prisionera en el contra-principio de la disolución, la oscuridad, la insectificación; energía esgrimida con pericia y soberbia por esos mismos poderes tifónicos (descriptos por Hesíodo y Píndaro, entre otros). La América hyperbórea, solar, del pensamiento y del canto en la fiesta hyperbórea es pues la gran novedad cosmogónico-histórica, lingüística, estética y religiosa. Es sin embargo el horizonte de una hazaña heráclica, cuya resonancia podría emerger de la tercera guerra mundial que se avecina. Ella concita contra la *theandriké enérgeia* de Dionysio, la *contrahumanitas*, avizorada con claridad visionaria en espíritus como Virgilio, Dante, Dostoievsky, Merejovsky, Melville, etc. Define también el empeño humanístico perfilar aquellas oleadas de la contraluz, la contramúsica, la contracultura en fin, que so pretexto de dominar la tierra viviente difunde y consolida la muerte, la corrupción y la deformidad espiritual entre los hombres. De todas maneras el principio hyperbóreo, por naturaleza, vive incólume en la incólume "edad de oro" de aquella fiesta, que convivió Perseo, según Píndaro. El "camino maravilloso" está abierto, pero oculto. Sólo "héroes" podrían reencontrarlo y transitarlo. El humanismo de una *paideia* griega para América, de una paideia hyperbórea, por supuesto, es la más profunda y densa *operatio aesthetica* para una estirpe americana que afirme de una vez por todas el rumbo de una raza ideal americana, como último decoro de un hombre inspirado y creador.

Alta Gracia, 2 de febrero de 1991, o sea,
en la fiesta de la Luz, multiplicante y multiplicada.
Es preciso transitar, como dice la antigua Liturgia Romana,
hujus saeculi caliginosa discrimina
(las tenebrosas confusiones de este eón).

Publicado en ***Ciudad de los Césares*** (Santiago, Chile) Nº 23, marzo-abril 1992, pp. 11-15

CARLOS A. DISANDRO

LA BÚSQUEDA DE PERSEO

Reasunción y trasiego del Principio Hyperbóreo

1

El mito griego comporta una visión del mundo, las implicancias de éste con el hombre, y las del hombre en el mundo. Un sistema de campos semánticos, que incorpora la plenitud del ser (*aeì eóntes*) reordena la complexión orgánica en procura de un "sentido" para lo que nosotros llamamos "historia", es decir, una compleja organicidad de sincronías y diacronías, cuya textura nos emboza en la misma visión que procuramos. La trama de los campos semánticos del mito griego comporta estratos considerables desde los orígenes lingüísticos, propiamente dichos, hasta la extinción de la energía rapsódica griega en los siglos III-II a.C. No nos interesan los hitos precisos, asunto oscuro por otra parte, sino más bien las calas hermenéuticas, que nos puedan clarificar secuencias míticas a veces incompresibles. El tema recupera su importancia si se trata de interponer las figuras o perfiles heroicos, porque en ellos se concentra de alguna manera un plexo significante, generalmente descuidado por el método comparatista. Interesa la "personalidad" del héroe —si cabe esa formulación— o su onticidad heroica, que por encima del *symbolon* específico, abre el campo de una singularidad de la estirpe, según el estricto límite biológico de este término. A la *Theogonía* corresponde pues una *Hierogonía*, y en ésta el preciso signo óntico, en una escala configurable y congruente, define perfil y destino del héroe.

A los campos semánticos que he delineado someramente, se suma en la Europa de los siglos XVII y XVIII, y sobre todo del siglo XIX, la reflexión acerca del héroe, la meditación sobre su existencia y destino y, en fin, la traducción estética en Schiller, Carlyle, Wagner; y antes en el mismo Beethoven. La Lyrica y la Música renuevan un deslinde ideal del héroe, y el repaso fecundo que evoco culmina en la línea sinfónica de Richard Strauss, *Ein Heldenleben* (Vida de un Héroe), de densa tesitura mística, op. 40, (1898). El *Pindaros* de Wilamowitz es de 1922, y con él reaparece en la Filología clásica una relectura compleja del héroe antiguo, pindárico, dórico, hyperbóreo. Nuestra recuperación americana prolonga, después de catástrofes sobrecogedoras, tal esplendencia helénica, antigua; y exhibe un contrafuerte de *experiencia* en todos esos textos y sonoridades mentadas. Pero pretendo destacar un centro de energía noética, capaz de trascender los fragmentos, dispersos por la fluencia histórica de edades abolidas. En qué medida ese "centro" perdura en una América y para una América finimilenar, es otro problema.

Ahora bien, hay en el mito griego de los héroes, anteriores a los Argonautas y a la guerra troyana, un período que llamaríamos arkhaico, pues está cercano a la *Arkhé* divina, que compromete un destino en el reino de Zeus y de las Musas. En esa franja arkhaica que completa a la Theogonía, al incorporar la unión divino-humana, podemos asignar correspondencias semánticas en tres escalas, ostensibles en Bellerophonte, Perseo y Herakles, sin perjuicio de reexaminar y reordenar otros nombres característicos. Sin embargo, en el preciso límite de nuestro horizonte, pretendo reubicar el nombre de Perseo —tan importante en la lyrica de Píndaro— para desentrañar en otro paso o compás lo que llamo la "búsqueda" de Perseo, y la reasunción del Principio Hyperbóreo, el trasiego fundante que deviene de su lumbre. Esa reasunción lo retorna al contexto solar, apolíneo, de donde emerge su figura y su hazaña, y nos permite recuperar una semántica pindárica, que emparenta este "camino" heroico con el de Parménides. Mejor dicho, el camino eleático, en el preciso significado del Proemio insigne, no sería otra cosa que un redescubrimiento de aquella reasunción originaria, y un relegamiento del *mythos*, pues el *logos* ha cumplido finalmente en la *historia* la búsqueda y el hallazgo definitivos, propuesto en el lenguaje parmenídeo por una oposición harmónica a la de su maestro Jenófanes, que se extravió en los *nomina* mythicos y en combate crítico contra la Medusa, sin yugular empero su cabeza.

Pero es menester reubicar a Perseo, en las escalas míticas aducidas, para desentrañar otros antecedentes de búsqueda y hallazgo de la arkhé hyperbórea. Pues de eso se trata, para un mundo insumido en la contradicción de los *epiphaenomenoi*, es decir, para hacer replegar el reino de la Medusa y erigir en América la existencia y el destino del Héroe, frente a las homeomerías históricas cambiantes, como el abismo marino colmado de monstruos terroríficos. Mi interpretación pues no es sólo filológica; es también óntica, histórica, en un mundo perverso en que el *acontecer* desvía del *Ser* y no pueden tolerar en consecuencia la búsqueda

de Perseo. Pero de esto se trata en definitiva, supuesto que nuestra ciencia no sea *epifenómeno* de la Gorgona, sino *hodós* (camino, *iter et via*), patente en el peregrinar que retorna a la *arkhé* hyperbórea.

Distinguimos pues en este comentario sucinto, la figura de Bellerophonte, mencionado fugazmente por Homero en un pasaje de *Ilíada*, VI. 196-295, que me permito releer, para guía de mis oyentes y/o lectores, que pueden ulteriormente reexaminar la *quaestio* filológica, con mejor tino y mayor profundidad, o en todo caso reincorporarla a otros contextos más amplios. Dice el texto homérico aludido, en sus líneas fundamentales [1]:

ἀλλ' ὅτε δὴ καὶ κεῖνος ἀπήχετο πᾶσι θεοῖσιν,
ἦ τοι ὁ κὰπ πέδιον τὸ Ἀλήϊον οἶος ἀλᾶτο,
ὃν θυμὸν κατέδων, πάτον ἀνθρώπων ἀλεείνων

Traducción latina, Ed. Didot, p. 68:

Sed quando etiam ille exosus erat omnibus diis,
iam is per campum Aleium solus errabat
suum animum exedens, vestigia hominum vitans ... (...).

Bellerophonte es pues un héroe insigne, "matador de fieras o bestias", y quizá con él se inicia la serie coronada por Hércules. Pero por un abismo irreconocible, por una falencia y consecuente pena, queda y vive en soledad, sin contacto con los dioses de sus orígenes, ni con los héroes y congéneres humanos (*vestigia hominum vitans*). Según Homero, a mi ver, permanece Bellerophonte en el *noein* absoluto, derelicto y ensimismado, y su existencia solitaria corresponde a una dimensión o coronación requerida, paradigmática del *ser-heroico*, pues ningún dios vive aislado, y ningún hombre podría serlo en soledad. El mito refleja aquí la extrema disyunción del principio solar, que no podría corresponder a la esencia historiogónica a que el héroe está llamado. Pues ¿qué sería el mundo con Bellerophonte soledoso (*per campum Aleium solus errabat*) con la supremacía de las bestias (*theríon*) y la fisura entre el *genos theón* y el *genos anthrópon* (la raza de los dioses y la raza de los hombres), éstos últimos despojos de las energías katabáticas y nocturnales de la Theogonía cumplida? También Herakles y Perseo serán "matadores de bestias", aunque en la escala que trazo definirán otros rumbos *hacia* los hombres y *con* los hombres, y culminarán su existencia según otros recaudos y otras hazañas. Aquí incluyo precisamente la "búsqueda de Perseo", su norma heroica de "reasunción y trasiego", con que se abre otra historia, profunda y decisiva para los griegos.

2

Completemos entonces nuestro esquema de las escalas mythicas arkhaicas para poder inteligir la potencia de Thaumas y su develación solar maravillosa, diferente del deslinde bellerophóntico. Perseo es un héroe apolíneo, que retorna al reino de su origen, y completa para los hombres la búsqueda de la convivencia laudante y la victoria sobre la multivocidad. Según estas instancias del mito, Perseo reingresa en el banquete de los hyperbóreos, y mata luego a la Gorgona, cuya mirada petrifica, es decir, reconduce a la physis inerte, al margen de la biología divina, ámbito para el corazón palpitante de la verdad. Viene pues la historia de Perseo, y su herencia para los hombres; la búsqueda del reino hyperbóreo, la convivencia laudante y lyrica que cumplen los poetas, hijos de las Musas homófonas.

En fin, un tercer momento sería Herakles, en el acto fundante, theándrico, para la historia de la tierra y de los hombres. Si Píndaro nos descubre en la Pítica X el sentido victorioso del "camino" hyperbóreo, en la Nemea III, entre otros textos, nos presenta la memoria de Herakles, modelo de héroes constructivos, para reordenar la geogonía en la historiogonía. Dicho en términos simples, funda la civilización.

Recapitulemos pues: 1º) el héroe del pensar absoluto; 2º) el héroe de la verdad manifestada, en el camino maravilloso, y la vigencia del *hymnein* hyperbóreo; 3º) el héroe de la acción theándrica, que separa y extingue los monstruos y las bestias, y completa el ciclo cosmogónico con la estirpe heráclica.

Esta tesitura del mito heroico presupone la regencia dórica inicial de la vida hyperbórea, que el griego sintió con particular entrañamiento hasta el final del helenismo clásico. Explica asimismo la filosofía de

[1] Traducción castellana del texto homérico (interpretación personal): "Empero aquél (o sea, Bellerophonte), precisamente porque era causa de rencor para todos los dioses, solitario, manteníase errante por el espacio de la derelicción, torturando su propio corazón, y alejado de todo vestigio humano."
El lector puede reexaminar traducciones francesas, inglesas, italianas, alemanas, españolas, para deducir la compleja densidad de la figura mystica. Cf. L. Preller-C. Robert, *Griechische Mythologie*, Berlín, Weidmann 1894, 4. Aufl.. Paul Decharme, *Mythologie de la Grece Antique*, Paris 1879, pp. 578-602. Del mismo autor *La Critique des traditions religieuses chez les Grecs*, Paris, Picard 1904. Cf. Asimismo Pauly-Wissowa-Krol, RE., Meztler, Stuttgart 1893 y sgs.

Anaximandro y Jenófanes, el *hodós* parmenídeo, el cruce del pórtico, la regencia del ente en el sentido eleático, "*on*", o sea, la estricta presencialidad del participio presente, que acota el *einai* o *emmenai* a una existencia liberada del tiempo, absoluta, enjuta de todo *epiphaenomenon*. En fin, explica la paideia del héroe, como el máximo acontecer del hombre (*génos andrón*), que subyuga el tiempo al acontecer theándrico-heráclico, y que en el último lapso teogónico-cosmogónico, con anterioridad a la historiogonía de los argonautas, aqueos y troyanos presupone una patencia del ser-heroico, *ein Heldenleben*. Ella podría ser paradigma de las estirpes que emergen del triunfo de Apolo sobre la serpiente Pitón en los abismos de Delfos. Pues así lo reinterpreta la lyrica pindárica, y así cobra sentido generativo el nombre del lugar telúrico.

Las tres categorías de héroes reunidas en mis escalas descriptivas, proponen acotar y perfilar al héroe Perseo, su búsqueda de notables repercusiones en la historia y en el acontecer mítico de las estirpe griegas; "el maravilloso camino" que inevitablemente en la tesitura pindárica resulta generativo y apokatastásico del camino parmenídeo.

3

Ahora bien, en este sentido Perseo es un héroe solitario, diferente de Bellerophonte, aunque parece compartir su energía luminosa, de total donación de sí, pues si la lumbre de *hymnein* fuera restrictiva para sí y egoísta, ¿cómo habría estirpe? Diferente también de Herakles, aunque parece compartir con éste una referencia pacificadora, civilizadora, después de decapitar la Medusa viperina, el poder visual de la Gorgona fatídica. No podemos sin embargo omitir la referencia a la organicidad heroica que replanteo según escala desde el Bellerophonte de Homero (siglo IX a.C.) hasta la interpretación de Píndaro (siglo V a.C.). Sabemos que existió una tragedia de Eurípides, titulada *Bellerophonte* [2]. Pero ni doxógrafos ni escoliastas aportan un remanente claro de su texto y su sentido. Para entender la "búsqueda" de Perseo debemos pues recuperar su perfil en estas instancias heroicas, que llamaría por comodidad "tiempos de la luz cósmica y viviente", trocada en luz generativa y oikística, según *ein Heldenleben*. El ideal griego del héroe reconocería un período arcaico, empeñado a veces en el *opus luminis*, cuyo descenso a los hombres supone una concentración y expansión de la herencia heroica.

De este modo pues perfilamos los rasgos de Perseo, según estas connotaciones, que derivamos en particular de Píndaro:

1) su estirpe theándrica, apolínea lo ubica philogenéticamente en el rayo triunfante sobre Pitón; lo hace un héroe délfico, olímpico, pítico. Las consecuencias de cada epíteto son numerosas, y confrontarían otra semántica congruente con el acontecer mítico dórico.
2) el camino de Perseo interioriza el asombro por la luz. Por esto es *thaumastón*. El epíteto comporta laderas activas y pasivas, que las traducciones impiden registrar cabalmente.
3) su entrada en la asamblea agonística de los hyperbóreos corresponde a la experiencia del *hymnein*, pues la luz se trasiega en palabra y canto.
4) la espada de Perseo cumple, con la decapitación de la Medusa o Gorgona, el relegamiento del mundo katabático. Este acualiza siempre los poderes aquerónticos, que pugnaron por dominar a los dóricos, a los griegos herederos del triunfo apolíneo.
5) el héroe denota pues tres instancias consumativas: a) la búsqueda del *concentus* hyperbóreo, para cumplir, respecto de los griegos y por éstos respecto de los hombres, el trasiego o reasunción del principio hyperbóreo, que es una mysteriosophía del oído; b) el itinerario con que reasume el *thauma* originario, y permite regenerar en la virtud theándrica el *noein* hyperbóreo; c) la victoria sobre la Medusa; ese triunfo significa la suprema *eleuthería* del espíritu, no sujeta a las potencias gravitacionales de la katábasis. Y finalmente tales reclamos no son meras peripecias asumidas en relatos *tón protéron* (de la *prisca gens mortalium*). Son el trámite que religa la *arkhé* hyperbórea, la búsqueda e itinerario de Perseo, su trasiego a la sociedad estética de los helenos, entrañados en la experiencia heroica y en la cele-

[2] Al nombre del hérore mítico está ligado el destino de Napoleón, un espíritu colmado de reminiscencias clásicas, desde que alborea en la historia de Francia y Europa. En efecto, sabemos que después de Waterloo se entrega prisionero al rey de Inglaterra, en conmovedora carta que recuerda a Temístocles, vencido. Los ingleses lo trasladan primero a un navío, llamado precisamente Bellerophon. Allí, a bordo de esta corbeta de nombre tan misterioso y evocador, Napoleón, después de haber firmado su segunda abdicación el 22 de junio de 1815, se rinde definitivamente el 15 de julio del mismo año. Los ingleses lo trasladan a bordo del Northumberland, y en éste a la isla Santa Elena (1816-1821). Allí muere en un exilio que no dudo en llamar bellerophóntico, signo de este héroe, ligado a toda Europa del siglo XIX. ¡Curiosas recurrencias semánticas entre el mito griego homérico, el nombre de un navío y el destino de un héroe! Cf. F. R. de Chateaubriand, *Memorias de Ultratumba*, passim. A. Maurois, *Napoleón*, Barcelona, Salvat 1995. CF. Además la tragedia neoclásica de Philippe Quinault, *Bellerophon. Tragédie* (1671), Paris-Genève, Ed. Edmund J. Campion, Droz 1990.

bración del canto. El relato *tón protéron* es clave del desembozo o reasunción de la *arkhé*. Pero en ésta se reasume el *thauma* originario y la vida heroica originante; en ésta la decisión de la vida estética y justa, pues no pueden devenir los griegos estímulo histórico universal sin la experiencia de Perseo.

Al misterio del *concentus* hyperbóreo, vivido por el héroe, súmase el misterio celebrado por el *hymnein* coral, que es anterior al "*hodós* parmenídeo" y al cruce del pórtico por el filósofo, que lo cumplió también después de yugular la Medusa. Restituimos así una clara congruencia entre vida heroica —tal como la induzco del mito más arkhaico— y vida filosófica, tal como la deduzco por otra parte de la tríada heroico-theándrica fundamental: Bellerophonte, Perseo, Herakles. Pero Perseo sobresale por la experiencia de Thaumas, que sugiere a Platón sus conocidas meditaciones sobre la luz filosófica, la luz de la Aurora, tan entrañada desde luego en el universo homérico-pindárico.

4

Hemos alcanzado un linde congruente con la *arkhé* y el *déroulement* heroico. Hemos reimpostado el Principio Hyperbóreo, que trocó el relato de la *prisca gens mortalium* —como dice Horacio— en la constancia constitutiva de la vida griega y del pueblo griego. Nosotros, de América Románica, debemos entenderlo, para conjurar los riesgos del abismo que nos circunda. Pero "en el riesgo crece también lo que salva" —como afirma Hölderlin.

Fueron los estoicos, los que reasumieron la experiencia heroica y de ellos derivó sin embargo una noción de pueblo histórico, regenerada a su vez por Ciceron en su tratado *de re publica*: *Populus autem non omnis coetus hominum quoquo modo congregatus, sed coetus multitudinis iuris consensu et communionis utilitate sociatus*. [3]

Herakles es la figura heroica capital del estoicismo griego, y por ende del helenístico-romano. No es Perseo, y mucho menos Bellerophonte, cuyos rasgos se pierden en la antigüedad post-homérica y post-pindárica. Sin embargo, al reconstruir la vida mítica e histórica según los perfiles del mito arkhaico, patente en estas extrañas categorías consumativas —el *noein* absoluto y solitario, la búsqueda de un reino comunicativo y fundante, y en fin la obra de la justicia y la virtud olímpica para los hombres— descubrimos en Perseo la unión del *thaumas* filosófico y su *hodós* anabático y sublime, con el *hymnein* de la vida lyrica. Este régimen theándrico debe ser otorgado a los hombres, al *génos andrón*, luego de su retorno *histórico*, desde el mundo hyperbóreo; pero no podría acontecer sin el relegamiento de los poderes aquerónticos de la Medusa, vigentes como dije en ojos que petrifican. Píndaro ha celebrado a los tres héroes, como variable lectura coral, y seguramente con variable *régie* de una fiesta sacra y apokatastática, inequívoca y fundamental para entender la cultura dórica de los orígenes. La mysteriosophía del oído se trueca, por obra de Perseo, en "celebración", en *Rühmung*, benedicta, ingravitacional que trasiega en los griegos y por los griegos la fiesta hyperbórea. Es el *populus* del *concentus musicus*, que prepara el *coetus* heráclico del *consensus iuris*, otra dimensión sacral y religiosa, que ahora no explicaremos.

La búsqueda de Perseo se cumple en la participación heroica de la beatitud celebrante. Pero también en la develación del rostro luminoso de *alétheia* viviente, lo que Parménides llamará, con el más puro lenguaje mítico, el *corazón inconmovible de la verdad y su belleza perfecta*. ¿Meditaba acaso el círculo eleático estos trasfondos del mito, o sólo escuchaba el latido profundo de la vida apolínea? Un indicio importante para responder a esta pregunta podría desembozarse en el deslinde, entre Jenófanes y Parménides, dentro del diálogo eleático. Pero nos alejaríamos de nuestro tema preciso. Entiendo sugerir que la búsqueda parmenídea es también una búsqueda hyperbórea, a mi ver lejana resonancia, cuya sonancia originante es el mito de Perseo, trasegado desde antiguo por la *prisca gens mortalium*. Pero además Perseo prepara la lumbre filosófica en sentido estricto, y no podríamos concebir rectamente el itinerario parmenídeo sin referencia a este mito solar. Con Herakles en cambio, como se desprende de mis breves acotaciones, nos preparamos para una edad justa en medio de la *ferrea aetas*, lo que implica avizorar, de alguna manera, la reversión de la katábasis. A nuestro signo hyperbóreo de la búsqueda, se suma pues la instauración de la justicia, o sea, la sacra virtud heráclica entrañada en nuestra conducta. Tocamos aquí una delicada cuerda del mito antiguo, que sería preciso pulsar con mayor empeño y fino tacto hermenéutico. Lo dejamos previsto para otras instancias real-

[3] Cf. Ciceronis *de re republica,* Lib. I. 25, Ed. K. Ziegher (3), Teubner 1955. Tradución del texto latino: "Pueblo empero no es toda reunión de hombres, congregada de cualquier modo, sino reunión de una multitud, asociada por consenso de derecho y participación común de bienestar." ¿Qué relación hay entre la noción estoico-romana de "pueblo y ciudad" y la vida hyperbórea? Esta es la cuestión que se nos plantea a nosotros.

mente profundas que allanan un horizonte luminoso en la escala heroica que he propuesto a fin de interpretar con cautela la "búsqueda y el trasiego hyperbóreo".

5

Pero el saber de la Tradición Clásica no es un saber encapsulado y reduccionista, sino, por el contrario, abierto como el ámbito vasto entre el cielo y la tierra, y generativo como la filiación divino-humana de los héroes. No puedo desentenderme pues de otros pormenores, que nos ilustran o nos condenan, según una virtud concipiente o una falencia fáctica, un *kairós* histórico en que deponemos o confundimos esa fecundidad. Me refiero en particular a la filía agapística del Evangelio que da por insumida la vida ascética y heroica en la *martyría*, sin lo cual no podría haber existido la civilización, de los orígenes y de las fundaciones fecundas en siglos tormentosos.

He aquí pues otro ciclo epocal, de vastas consecuencias para los pueblos románicos entre los cuales nos encontramos. Pero si la vida heroica de los antiguos declinó, también declinó la filía agapística teándrica. Nos encontramos en pleno dominio aqueróntico, sin el héroe y sin el mystico asceta y mártir de la divino-humanidad. ¿Por dónde vamos pues, qué *thaumastón hodón* podemos recorrer, qué transfiguración mystica de la *martyría* podemos reanudar, qué presencia del *noein* podemos celebrar? Esta es nuestra búsqueda, que recupera en centuria tormentosa, sobrecargada además de utopías funestas, la experiencia de Perseo y la torna pedagógicamente asumible. Tal es una consecuencia fundamental de la Tradición Clásica, hoy, no en los libros y textos venerables, sino en la *alétheia* viviente, sin la cual nada vale el reduccionismo abstracto de la verdad.

Y así como he retrocedido y avanzado para diseñar justamente el saber generativo de la Filología clásica, así redimensiono todo lo que dije acerca del mito heroico, en el contorno de una figura modernísima que desemboza plenamente, sin ambages, la índole de nuestra edad oscura, sin traicionar ni edulcorar su saber empírico. Me refiero a Werner Sombart (1863-1941), de cuya muerte se han cumplido cincuenta años, densos de las instancias que el mismo W. Sombart previó, por su reclamo a la vida heroica. Pues con su método, Sombart traza también un giro desde la antigüedad al siglo XIX, y extrae sus conclusiones, orientadas a discriminar la índole de la centuria que habrá de completar el desglose y perención de una sociedad de valores heráclicos. No se ha equivocado ni en la mirada retrospectiva, ni en el hálito de ilustración premonitoria y analítica [4]. Transcribo un párrafo significativo:

> "*Yo entiendo como espíritu mercantil, aquella concepción del mundo que enfrenta la vida con la pregunta: ¿qué puedes tu darme? O sea, la que sólo considera la existencia de cada uno en la tierra, como una suma de negocios mercantiles, cuya ventaja le concierne, ya sea por el destino, el buen Dios, o por trato de sus semejantes. Esto es lo que importa, resumido en la sentencia: La mayor felicidad del mayor número. […] Por el contrario, el ideal heroico plantea la vida como una tarea. Tenemos una tarea que cumplir, mientras dura nuestra vida, una tarea que se resuelve en múltiples actos cotidianos. Tarea es la vida, en tanto nos ha sido otorgada por un orden más alto. Las virtudes del Héroe son siempre positivas, son virtudes fecundas: sacrificio, fidelidad, disponibilidad, veneración, coraje, piedad, bondad. Lo mercantil se mueve por un interés; lo heroico por una idea. En el centro del* mercator *se yergue el reclamo; en el centro del héroe la entrega*" [5].

Werner Sombart y su noción histórica de la sociedad moderna, industrial, competitiva en el negocio, redescubrió por contraparte el perfil del héroe pindárico para comprender asimismo los conflictos y catástrofes de esa misma sociedad del *luxus*, la ganancia, la usura y el desprecio por la virtud ascética del silencioso trabajo cotidiano. No es precisamente un simbolista del mito griego a quien recurro, para recordarlo además en el cincuentenario de su muerte. En su physica empirista de la sociedad, tal como se desenvuelve desde el siglo XIX al siglo XX, reacomoda las cargas del hegelianismo-marxismo y del evolucionismo *soi-disant chrétien*,

---

[4] Cf. Walter Thoms, *Warum Werner Sombart modernist ist.* En *Nation und Europa*, Heft 7/8, Juli-August, 1991, págs.. 63-66. Las curvas de la decadencia y de los conflictos, trazadas por W. S. resultan actualísimas.

[5] *Wir leben eine Aufgabe zu erfüllen, in dem wir leben, eine Aufgabe, die sich in tausend Aufgaben des Tages auflöst.* En *Händler und Helden* (1915). Cf. el bello ensayo de Rudiger Weckherlin, *Werner Sombart zum Gedächtnis*, en *Nation und Europa*, Heft 5. Mai 1991, pág., 65-67. La reconsideración del pensamiento, muy elaborado, de W. S. es una tarea prioritaria de las nuevas generaciones europeas, después de las catástrofes provocadas por la Gorgona en más de medio siglo. ¿Y nuestra América por dónde hará su *iter* o elegirá su *via*? He aquí la alternativa de las nuevas generaciones románicas en la vasta dimensión de nuestro continente. El mito de Perseo reasume una vigencia inesperada de mi interpretación, por discutible que sea.

para demostrar ya en la década de 1930 que el mundo, por falencia del héroe, se encamina a tensiones indescriptibles, que vemos hoy desarrollarse planetariamente.

El pensador humanista, sin embargo, no se deja abatir por el *infractus orbis* que dice Horacio, sino que levanta la cima del *noein*, en cuyo gesto es ya un héroe hyperbóreo. Así pues en mi meditación sobre la búsqueda de Perseo y la reasunción del Principio Hyperbóreo no distiendo una fantasmagoría ni configuro tampoco una utopía escapista. Ambas tesituras son posibles; y se han dado y se dan. Pero no es la mía. Lo subrayo para evitar malentendidos. La mía es el tercer *hodós*, el del hacer heráclico, que requeriría una elucidación congruente. Ella desborda empero el marco de esta breve ponencia acerca del mito griego, anterior a la culminación lyrica de la estirpe dórica.

6

Anulado el héroe hyperbóreo, como explican Hans Günther, Werner Sombart, Erwin Kohlbenhayer, Walter Otto, Paul Decharme, y tantos ingenios importantes; y desfondado el mártir de la filía agapística, nos queda el camino de los trabajos heráclicos. Ellos son para nuestra América —quiero decir América Románica— el principio de la reasunción de la comunidad agonística hyperbórea. Pero debemos preparar el fuego de la purificación regenerativa. Todo lo que demás es poder de la Medusa rediviva, que hará su obra funesta: petrificar y esterilizar.

Aparece el significado hodierno del viaje de Perseo, símbolo superior de la *eleuthería* humanística que procuro y proclamo. Pues la existencia espiritual nos fue dada para hacer más justos y limpios a los hombres; para exaltar la lumbre indeficiente en que compiten, según Píndaro, los hyperbóreos, coronados de laureles de oro. Pero también en la figura de Perseo se dimensiona la virtud del *logos* aletheico, o sea, que rescata, de una penumbra transida en el olvido y la ignorancia de la *arkhé*, la lumbre superior del sentido y la palabra. Si en Bellerophonte y la historia de su estirpe parece prefigurarse una ruta incompleta del *noein*, semejante a la de Jenófanes, por ejemplo, en Perseo en cambio esplende la vivencia operativa de la lumbre, que es vida y obra viviente. Y Píndaro precisamente, que medita con tanta hondura según su lyrica de los Héroes, nos propone ya el abismo del Logos holístico como el entero cosmos de Hesíodo, y abre, en consecuencia, la disyuntiva posible de una *regeneratio* operativa, en el *hymnein* y en el *noein*. Es esto lo que proclamo para América, que sólo tiene dos caminos: o inclinarse al *mysterium iniquitatis* —como advierte tan nítidamente el espíritu insigne del gran novelista norteamericano Herman Melville (1819-1891); o reasumir y reincardinar el principio hyperbóreo, patente por Perseo, su "asombro" y su fúlgida espada de héroe fundante. Podemos decidir en esa disyunción dramática: o la historia se nos impondrá como a resto marginado; o la haremos, por el contrario, como estirpe de la luz y la justicia. He aquí lo que entiendo ser erección de un Centro Hyperbóreo, para forjar un destino de Héroes, que al comenzar en la virtud del *noein* absoluto progrese hacia el acto heráclico de la civilización justa.

Alta Gracia, 12 de marzo de 1992,
en la fiesta de San Gregorio Magno,
hijo del Espíritu hyperbóreo.

Publicado en ***Noein***, Revista de la Fundación Decus Nº 1, La Plata 1996, pp. 7-17.

CARLOS A. DISANDRO
HYPERBOREOS Y MYSTICOS
La Existencia Theándrica

1

Como siempre parece prudente acotar la "semántica". Pues en muchas ocasiones —trabajos, artículos, conferencias, libros, seminarios— he hablado de estos términos, de estos *limina* activos y promotores del *sensus* lingüístico; en el caso de las "palabras" o "sonancias significantes", elegidas por título, son griegas con excepción de "existencia", un latinismo tardío que de todos modos traduce la perspectiva parmenídea (quiero decir también griega). Por tanto conviene clarificar primero la semántica que como una "enérgeia diacrónica, sincrónica" menta, alude, elude, restringe o abre y expande.

Cuando hablo de "hyperbóreos" me refiero al *mythos* griego, en su total e incólume significación, que tiene entre otras expresiones histórico-religiosas la lyrica de Píndaro. Personalmente no considero caduco tal *mythos*, que en mi semántica no es, por tanto, un substituto o *Ersatz* cómodo. Simplemente retorna o menta lo que quiere Píndaro, para elegir un hito y un texto o partitura concreta.

Luego "mystico", palabra griega de fundamental importancia. En este caso, la acoto dentro de la mystica agapística cristiana —no judía, ni helénica arcaica o clásica— aunque desde luego por la complejidad del campo semántico, podemos hablar también de mystica hebraico-judía, o mystica helénica (un Plotino, por ejemplo) o mystica vedanta, o sufí, o céltica, etc. Simplemente uso el *sensus* de un segmento del campo semántico, fundamental para nosotros, románicos, insertados en el cristianismo agapístico, pienso. Aunque aquí comienzan los problemas de América. ¿Puedo aducir esa inserción real, según sonancia *realiter* asumida? Pero, en fin, éste es otro asunto.

En resumen, "hyperbóreos" connotados por el "mito griego" arcaico; "mystico" connotado por el *sensus* agapístico, no judaico, ni coránico, ni talmúdico, etc.

"Theándrico", a su vez, aduce el dignificado inequívoco del compuesto: divino-humano, o como algún traductor latinizante sugiere: *dei vir, dei virilitas, dei humanitas.* Prefiero la inteligencia griega del *sensus* griego, porque unifica el campo significante de la sonancia vocal.

En cuanto a "existencia", no necesita mayores comentarios. Baste recordar los clásicos filósofos que tratan el problema: *de ente et essentia*. Sólo anoto que para quien esto escribe "existencia theándrica" es semántica *realiter significata* en la compleja *suppositio* de los términos vocales.

Y aquí pongo límite a la cota de este breve prólogo. Resumo, pues, *hyperbóreos* existen; *mysticos* existen; ambos en cuanto *res histórica*, cumplen los constitutivos de la "existencia theándrica". Con haber formulado esta última sentencia, hubiese sido suficiente la impostación temática. Pero el espíritu canonista-talmúdico de una América Románica irredenta no lo permite tan llanamente. Requiere los prólogos de acomodamiento y ubicación.

Progresemos en la descripción de cada perfil, mentado en las palabras. Rescatemos la virtud operativa de cada existencia, el entrañamiento profundo de cada *ousía* en cada configuración histórico-semántica. Desplegamos así el *sensus*, pero concentramos al mismo tiempo la comprensión. Esta aproximación intuitiva y lingüística, trueca la palabra en natura, la sonancia en *physis*, sin ceñirnos al fenómeno, sino por el contrario entreabriéndolo según su diacronía implícita. Pues la existencia theándrica alude a una *enérgeia perikhorética*. La expresión del epíteto que uso aquí no encuadra en la lógica del ente parmenídeo, pero tampoco lo niega. El cosmos es perikhorético, el hombre lo acompasa también, por dónde intuimos una secreta multiplicación de relaciones veladas para el conocimiento estático, geométrico.

Dentro de nuestro tema, y según las acotaciones ya formuladas, el mito griego posee una perennidad independiente de los cambios históricos, mentales; de las imágenes del mundo que circulan ahora como los *eídola* epicúreo-lucrecianos, en el infinito oleaje histórico. El "mystico" agapístico, perikhorético goza de una *pistis*, que es *dynamis* de *koinonía* (como dice el griego del Nuevo Testamento) capaz de transcender también el cambio histórico. Por donde, el lenguaje del mystico —un poeta, San Juan de la Cruz, por ejemplo— goza igualmente de perennidad semántica y de pensamiento incólume, lo que suelo evocar con la frase "lyrica de pensamiento".

Ahora bien, en el caso de los "hyperbóreos", el helenismo crítico alejandrino-positivista no acepta el mensaje de Píndaro, a quien se toma como resto insepulto de una *parádosis* extinguida y/o emulsionada. En cambio mi tesis comporta una visión *realiter naturata*, es decir, trocada en physis inabolible. *Hyperbóreos* valen pues como constelación estelar en un cielo incambiable.

En cambio, en el caso de los "mysticos" aquí mentados, consideramos la experiencia *rerum divinarum humanarumque*, como cala profunda en el acontecer de las homeomerías históricas, ahora. Este "ahora"

punctiforme define por ende una diacronía, que la semántica investirá y alumbrará en el decurso temporal. Pero ¿qué cambia de la existencia theándrica, de su *ousía* perikhorética, de lo que la deidad interpone en la *humanitas*, de lo que el *homo* interpone en la deidad? He aquí el problema. Dicho de otro modo: ¿en qué sentido la "existencia theándrica" no es una mera combinatoria conceptual, o sea, el epíteto "theándrica" no afecta al *supposito* existencia, como los epítetos "divina" y/o "humana" separadamente? ¿Puedo inscribir la expresión según entidad *realiter* asumida, y no meramente orientada por el decurso lingüístico? ¿Es configuración real, es *physis* (*res theándrica*), y no *verba adaequata rei*?

El mito griego da una respuesta inequívoca según la dimensión del relato *ton protéron*, transmitido por la poesía rapsódica y vigente luego en la compleja articulación de los fraseos míticos hasta el período trágico. Pues lo que debemos profundizar en esta cuerda semántica es la condición misma del mythos según transferencia de *res* o *physis* a semántica o *logos prophorikós*. En este sentido el mythos resulta paradójicamente una franja inabolible del decurso histórico-cultural. No es un mero alfabeto carente de existencia profunda, no es una memoria erudita que indaga luego una hermenéutica congruente. El mythos subsiste hoy como en el siglo XV a.C., como en los siglos homéricos, como en el período de su trocamiento dramático-trágico. Esta es la cuestión de fondo.

2

Conviene pues ahondar la cuestión del mythos para comprender la existencia hyperbórea, así como conviene profundizar la perspectiva agapística del Evangelio para inteligir la existencia del mystico theándrico, que por lo ya expresado constituye un perfil más compresible para nuestra dimensión empírica.

No interesa aquí la cuestión lingüístico-semántica y/o espacial-histórica tal como se plantea en mi obra *Tránsito de Mythos al Logos* (en especial, capítulos I y II), y por supuesto tampoco la problemática diacrónica aludida en el título comprensivo del libro.

Despejados ambos horizontes, pretendo aquí ceñir los constitutivos y perfil del mito griego *per se*, después de haber postulado su existencia inabolible.

Digamos primero lo que el mito no es. No aduce ninguna teleología del hombre y de la historia. No aduce tampoco un reclamo a la estructura del hombre, aunque el hombre ocupa un centro referencial de otra naturaleza. No es ninguna apocalipsis, en ninguno de los sentidos que este término inviste en la lectura y relectura del hoy emulsionado. No es tampoco "propaganda" de ninguna Fe, de ninguna secta; y el uso que del mito hicieron hacia el fin de la Antigüedad y principio de nuestra era las tendencias y especulaciones gnósticas, ese uso y hermenéutica no entrañan valores que puedan considerarse asertivos, o descriptivos, o manifestantes e iluminantes. Es eso precisamente lo que ha caducado, y no el mito *per se*.

En el caso del mito de los hyperbóreos, no se empeña en ninguna forma un esoterismo de la experiencia griega que reasume un pasado prehelénico, ni tampoco una relectura epocal de perfiles inciertos en las configuraciones míticas, en la mitología, por decirlo de un vocablo comprensivo.

En cambio, el mito es ante todo existencia semántica que se expande por tres canales lingüísticos-temáticos, desde los orígenes dóricos (año 2000 a. C. en forma muy vaga) hasta la extinción de la experiencia mítica con el reflujo cristiano. Esos tres canales son:

1º) el rapsodein heroico, y aquí ubico a los hyperbóreos;
2º) el despertar de una inteligencia del *totum* (hombre + physis + cosmos);
3º) el hymnein pindárico y su prehistoria bastante oscura.

Mito es existencia del *logos prophorikós* en alguno de estos canales, que en cuanto a los textos supérstites de Homero y Hesiodo en adelante conocemos de modo fragmentario, muy fragmentario.

Ahora bien, la existencia hyperbórea reclama una instalación en la figura del hombre. El perfil del héroe —prehomérico, argonáutico, posthomérico, pindárico— se resume en el dato de la "forma hyperbórea" que es, según Demócrito "lo que vemos". La existencia hyperbórea es *naturaliter theándrica*, y la constancia del mito respecto de Bellerophonte, Perseo, Herakles, nos reserva un acontecer heroico-theándrico que implica el combate contra los monstruos cosmogónicos, para que la tierra alcance su categoría theándrica como residencia de los dioses. Así completamos el ciclo teogónico, cosmogónico, historiogónico, asilo de este mysterio theándrico. Es Píndaro el que forja la continuidad perikhorética entre theoxenía —huésped divino— y la theandría, el dios comunicante con la humanidad receptiva y comunicante. La existencia hyperbórea confluye pues a la existencia theándrica, esencia del acontecer griego, esencia además de la existencia agapística; por donde hyperbóreo coincide con experiencia mystica, sobre la cual diremos otras connotaciones.

3

Recapitulemos sin embargo las líneas temáticas generales y sus inferencias determinantes en perfiles que importan.

En primer lugar, apartamos todo lo negativo que comporta la emulsión judía, responsable de grandes equívocos. No negamos la importancia del capítulo hebraísmo-judaísmo. Pero debe ser considerado en su propio cuadro semántico. Y en su propio cuadro debe ser considerada la existencia hyperbórea, mítica, y la existencia theándrica *realiter* asumida por ésta. A continuación la nota perikhorética es referida de modo esencial y categórico al existir hyperbóreo theándrico y trasladada a la esencia agapística (San Juan). Estas serían las grandes líneas de una teología hyperbórea como ciencia perikhorética, que cumple de otra manera, claro está, la función del mito antiguo, *ton protéron*. Desde aquí debemos avanzar en la intelección del theandrismo joánico-cristiano y postular las premisas de una teología theándrica que redimensione la teología mystica.

Ahora bien, la existencia theándrica es no sólo una semántica (del mito o no). Comporta también una theurgia, una liturgia, una concreta *operatio aesthetica* en el *déroulement* de los tiempos postcosmogónicos. Es Píndaro sin embargo el que en su vocabulario, imágenes e interpretaciones del antiguo mito hyperbóreo forja la semántica del theandrismo, retomada por los grandes theólogos greco-cristianos de los siglos IV-VII. Esta es, por supuesto, una historia, no conjeturable como la de Píndaro y los siglos V-IV a.C., en las estirpes y dialectos griegos; es una historia lingüística, teológica, prosística, con sus temas y sus particiones, que encuentra su culminación y su fuente en la obra de Dionisio Areopagita. Sobre él hay muchas discusiones, que en este caso no interesan. Píndaro forja en la serie lingüística de su vocabulario e imagen lyrica la theoxenía y la theandría, es decir, el dios-huésped y el dios-hombre. El primero acontece en el peregrinar de los dioses entre los humanos; el segundo por un connubio del que se engendran hijos de un dios y de una humana (Apolo o Zeus, Dafne, Coronis) y lo que la historia mítica relata de sus connubios, trágicos a veces.

En la franja de los héroes hijos de los dioses Píndaro encuentra precisamente la franja de los hyperbóreos, como una existencia *realiter significata*, acontecida y subsistente entre los dioses *aeì eóntes* y los humanos pasajeros como sombra de un sueño. Es decir, el hyperbóreo redimensiona el existir humano dotándolo de perennidad.

Ahora bien, la existencia theándrica no es fulguración pasajera en la visión o la mente. Es una subsistencia óntica de que depende la historia protomórfica, inmune a las metamorfosis cosmogónicas. Es además perikhorética y vicarial. La primera nota, como ya dijimos, alude a la inserción de dos energías, la divina y la humana, de cuya confluencia surge una *enérgeia* theándrica; la segunda nota, importante, alude al detalle que para Píndaro los héroes hyperbóreos son modelos e ideas protoplásticas para todos los hombres, aunque éstos sean simplemente humanos. Pero Píndaro, aunque claramente distingue cada *génos* (*theón* y *anthrópon*), también concibe una misteriosa comunidad en el *ser*. Y este es el punto más discutido en la filología clásica griega sobre el que aquí hacemos esta breve referencia.

Retornando empero a los hyperbóreos, estos perikhoréticos y theándricos participan además de la existencia "laudante y agapística" en el banquete del agón divino, que comunica por el canto la coronación de la existencia. La existencia theándrica es el *mysterio del hymnein*, el mismo que cumple el poeta en el contexto de la comunidad histórica, cuando dispone la *régie* coral al borde del mar, la fuente, la montaña y el río, "celebración" (*hymnein, Ruhmung*) diurna, matutina-auroral-vespertina, nocturna. Este *hymnein* píndarico es *theoxenía*, pero místicamente es *theandría*. Retornan los hyperbóreos míticos, congregados en la comunidad festiva y agonística.

4

Esto es suficientemente claro para comprender la "existencia hyperbórea" y la dimensión semántica *apokatastásica* de la celebración coral. Pero no es idéntica a la experiencia mystica, que contacta de otro modo o "realiza" en otros parámetros la "existencia" theándrica. Podemos recurrir a muchos ejemplos antiguos o más recientes (griegos, latinos, románicos, germánicos). Prefiero aducir tres ejemplos románicos para facilitar la hermenéutica congruente. Me refiero a San Francisco (umbro-itálico), San Juan de la Cruz (romance-castellano) y Fray Juan de los Angeles (prosista lyrico del siglo XVII castellano, modelo de una prosa mystica inconfundible). Pues en trance de sistematizar toda esta compleja temática, hablaríamos de "experiencia mítica", "experiencia mystica" y "experiencia lyrica". Para toda esta constelación conceptual cf. mis trabajos: *San Bernardo. El latín mystico* (1990); *San Juan de la Cruz. Comentario de su prólogo mystico, el poema "Qué bien sé yo la fonte que mana y corre"* (1992) y *San Francisco. El Cántico* (1993). Tríptico fundamental en mi hermenéutica filológico-semántica.

El mystico comporta un absoluto presente en el *déroulement* complejo de las homeomerías históricas, y por esto mismo no podríamos hablar de una exclusiva y excluyente modalidad, de una única reasunción absoluta, aunque cada una de ellas comporta un estado de trascendencia en el tiempo. La cala profunda de la experiencia mystica en el sujeto concreto lo incorpora a la existencia hyperbórea mítica, a la comunidad de la refulgencia intuitiva del ente *"atéleston"* (in-finito, *un-endlich* und *un-bestimmt*). Alguien ha definido la experiencia mystica como un "estado theopático", aunque este epíteto comporta una restricción. Prefiero hablar de "experiencia theándrica", con su retorno a una *arkhé* y su despliegue a una escatología de transfi-

guración. Este movimiento está descripto en la famosa Carta VII de Platón, y quizá integra la compleja imagen del Fuego en Heráclito **(***púr aeízon***)**. No puede afirmarse con certeza, pero tampoco excluirse absolutamente. El epíteto de Heráclito denota una intrínseca condición del Fuego, diferente pues de los restantes *stoikheía* physicos. En fin, la existencia theándrica reactualiza la *ousía*, tal como la describe Platón en la citada carta.

En fin, el "mystico" cumple en la vía iluminativa el mismo ciclo de la "llama viva" o estado ígneo. Valga este texto de Fray Juan de los Angeles, lamentablemente poco estudiado en las actuales corrientes de la filología hispánica.

> *"... Y al fin se llega a que el afecto preceda al pensamiento, porque aquello que se gusta con el afecto, como queda dicho, muy bien lo percibe el entendimiento. En el primer camino subimos de las criaturas al Criador y de las cosas inferiores a las superiores, y allí pausamos por amor. Mas en este místico sucede al contrario, porque aquel verdadero amor, que es el Espíritu Santo, tercera persona de la beatísima Trinidad y última en orden a las demás, es a nosotros más propincua y es la primera en esta consurrección afectiva a Dios. De donde viene que este divino espíritu, mediante el fuego de su amor, toca e inflama lo supremo y más eminente de la parte afectiva, e inefablemente sin algún pensamiento ni meditación la arrebata a sí. En este estado todo es el ánima como la piedra respecto de su centro, que no habiendo quien la impida derecha camina para él. Cosa maravillosa y de sólo el poder y saber de Dios ver un alma arrebatarse y elevarse en Dios sin algún rodeo ni vuelta, esto es, sin que preceda obra ninguna del entendimiento, con el peso de su amor. Y así, sola aquella potencia que en nuestra ánima se dice afectiva es unible al divino Espíritu, mediante el engrudo y liga de la caridad; y esta potencia, en cuanto es lo supremo de nuestro espíritu, casi de todos es ignorada, sólo aquellos la conocen cuyo afecto inmediatamente con su fuego es tocado y movido del Espíritu Santo. Así afirma San Dionisio que esta parte afectiva se dice inmediatamente movida del Espíritu Santo; y según ella procede toda la mística teología".*

(Cf. Fray Juan de los Angeles. *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma,* vol. I, cap. XIII, Madrid, Ed. Razón y Fe.)

De cualquier manera el "mystico" define también un ciclo hyperbóreo, aunque no el *agón* agapístico que convocó el héroe Perseo, según el mito. Define una ruptura de las condiciones katabáticas del hombre y una reasunción de su naturaleza trascendental, tan invocada por gnósticos y esoteristas modernos.

Nos queda pues la patencia del *Dasein* theándrico en el lyrico, o en la experiencia lyrica, entendida como entrada semántica en el banquete hyperbóreo *ut sic*. Pero naturalmente en esta existencia semántica descubrimos un *hodós* diferente que no comienza por ser *realiter signatus*; sino por patentizarse en un *intrinsecum semanticum*, que para el hombre acontece en el lenguaje, en el *logos prophorikós*. Una nueva realidad adviene por la existencia lyrica; en esta frase entendemos:

1º) la previa dimensión lingüística (como *logos prophorikós* absoluto);
2º) la dimensión interior de la experiencia poética en el poeta concreto;
3º) el lenguaje lyrico de cada poema, ciclo, composición (simple o compleja) y el reino semántico que adviene por una *operatio aesthética*, como la physis o natura con las flores, por ejemplo. Por lo común se trasiegan o confunden unos parámetros en otros. Por ello nuestra distinción y deslinde tiende a subrayar, en el concreto acotamiento de nuestro tema, la experiencia poética, lyrica, diferente de la experiencia mítica, y también de la experiencia mystica. Pero el lyrico puede abrirse a una y otra por el lenguaje. En esta dimensión, los debates postrománticos y postsymbolistas han subrayado la condición de poesía pura y/o poesía absoluta. El redescubrimiento de Hölderlin, a partir de la Primera Guerra Mundial, dinamizó el debate y remozó la temática lyrica, propiamente dicha, quiero decir el parámetro del lenguaje, más bien que el parámetro de la experiencia. Para no apartarnos del tema, mantengamos la cuestión de "Hyperbóreos y Mysticos" acrecentada por los lyricos, que son *naturaliter* hyperbóreos, pero no *naturaliter* mysticos. Y así tendríamos los campos semánticos, que nos ilustran por diversas connotaciones sobre la "existencia theándrica".

Los tres caminos delineados se enfrentan de diferente modo con la historicidad, sobre todo después de las corrientes estéticas del surrealismo, verdadera subversión luciferina en la plástica, la música y el lenguaje, hoy promocionada por "arkhontes" mitificados por una crítica reduccionista, impropia para intuir la vigencia del mysterio divino-humano en la *Werkinmanenz* del pasado, o en la *operatio aesthetica* del efímero presente. De la primera, el surrealismo provoca una escisión entre la *prisca gens mortalium* —un Píndaro, un Dante, un Leonardo, un Vivaldi— y las "nuevas olas" generacionales sumidas en complejas contradicciones, que odian la existencia theándrica, el ritmo hyperbóreo, la soledad del mystico, el principio permenídeo de sacralidad óntica, y por ende, la realización, en el presente, del *mysterium* theándrico propiamente, ya sea como theoxenía, ya sea como connubio de los héroes, es decir, en cuanto contexto *realiter signatum*.

La filología clásica positivista, con su racionalismo crítico y sus tendencias reconstructivas fixistas ha contribuido en parte a este bloqueo nefasto para la *cultura animi*. La filología románica afectada por una teoría puramente evolucionista y empirista del lenguaje ha devastado la dimensión de los grandes poetas, y por influencia de la lingüística estructuralista y funcionalista ha cultivado la esterilidad del "corazón" y acentuado un reduccionismo de la *ratio*, fantasma remozado por la neo-escolástica. Y así llegamos a la con-

fusión y a la muerte del principio solar-hyperbóreo, al desprecio del lyrico, a la repulsa del *mysticum*, como un hombre deshumanizado, cuando en realidad su experiencia theándrica es de la más rica humanidad. Haríamos una lista interminable de equívocos funestos, transmitidos a las generaciones jóvenes, entre la potencia del ruido maquinista, hasta desembocar en la potencia de un hombre contra el cosmos y la physis, Señor del Ruido y la Tiniebla, que especula con un paraíso de manos impías y crueles, estructuras erigidas contra los *aeì eóntes*, contra la sabiduría óntica del antiguo, contra la verdadera libertad interior de "sacralidad y harmonía theándrica". Largos capítulos resumidos ya por el mito trágico, en Esquilo y Sófocles, profundos sufrimientos, testimonios de la derelicción humana en un mundo hostil que rechaza la androxenía, porque el hombre repulsa y repliega la theoxenía.

5

Alcanzamos así una cierta claridad hermenéutica, primer paso hacia una claridad *poiética*, o *sea*, el "hacer" congruente y bello. Si resumimos la línea aquí sugerida ubicaríamos pues, hyperbóreos, dóricos, Píndaro, theandría, esencia de la cultura griega. Experiencia mystica, reasunción de la existencia theándrica, participación en la sacralidad óntica. Y finalmente semántica del mito theoxénico, lenguaje de la *prisca gens mortalium*, experiencia lyrica de la poesía absoluta, estirpe philogenética de los poetas antiguos, medievales y modernos, exaltación de la combinatoria de la imagen lyrica como conocimiento y realización de la existencia theándrica. Para nosotros, americanos de un ayer apenas transcurrido; inmersos todavía en colosales equívocos centenarios, alejados de hyperbóreos y mysticos, nos resta el "camino" de la experiencia lyrica. ¿Pero no es acaso *zu spät*? ¿Y este "demasiado tarde" no transcurre en realidad el final irreversible de la katábasis milenaria?

Tal es la cuestión profunda en la vida histórico-cultural de América. Creo sin embargo que no es incongruente pensar en una "reasunción del principio hyperbóreo" (Cf. *Ciudad de los Césares*, Nº 23) tal como lo sugiero, de diferente manera, en muchos trabajos míos de mayor porte y en campos temáticos complementarios. Sobre todo por la lengua castellana, lengua de mysticos y poetas insignes. En este sentido, el *fatum* de América sigue abierto a la obra creadora (en griego *poietiké*). Pero esta no puede acontecer en la esclavitud mundialista. La primera fase pues de una reasunción instauradora es lo que llamo Segunda Guerra de la Independencia. América ha retrocedido al período borbónico, con las consecuencias previsibles para el pueblo americano, y lo que subsiste aun de "naciones" latino-americanas (como se dice en el lenguaje periodístico), de soberanía política en vista de una anfictionía continental.

Así pues nada metafísico, en el amplio significado del epíteto, es ajeno a la obra política de instauración justa. Quienes afirman lo contrario son exsangües productores de una pseudo-cultura libresca. Parejamente la ruina y decadencia de la iglesia católico-romano-románica es una verdadera catástrofe cultural que ha abierto el camino a una barbarie tecnopolítica y psicosocial, caracterizada por la acumulación de *detritus* clericales, desde la Teología de la Liberación hasta la mystificación restauradora, que acumula ritos y rencores, ayunos del fuego agapístico de hyperbóreos, mysticos y lyricos. Trescientos millones de desheredados energizan el ciclo final de la katábasis, el terror de los poderes informáticos y videocráticos, desplegados con inusitada violencia sobre las generaciones jóvenes; las fuerzas de las raíces eróticas más destructivas, aliadas a la potencia de la droga inmisericorde. ¿Cómo pues otorgar a América post-barroca y pordiosera el fulgor de una cultura solar, perikhorética y theándrica?

Sin embargo, apartada de la *ratio studiorum* y sus consecuencias estériles, la cultura del libro recela todavía energías promotoras, profundas y ricas. Es este el reino reservado a la relectura de los textos, en un *noein* semántico que *tolga la corteza y prenda lo de dentro* (Berceo) [1]. Esta relectura es un *ápeiron* humanístico. (Sobre tales horizontes aquí evocados debe cf. el texto de mis precisiones en *Limes I*, Centro de Estudios Clásicos, Santiago de Chile, 1989, y la serie *Teología y Geopolítica* en los números 36 a 39 de *La Hostería Volante*, La Plata, 1992-1993).

América hyperbórea nacerá del mar, cuando las jóvenes generaciones lo conquisten como dimensión fundante de una psique, liberada de la *inmunditia* surrealista bolchevique. América mystica emergerá del hundimiento de la Atlántida jesuita y de sus templos vacíos de toda Fe agapística. América lyrica en fin renacerá de San Francisco, Berceo, Garcilaso, Darío, Lugones, etc. incorporada a un nuevo sentimiento cósmico originante, physico-presocrático, parmenídeo, al margen del judeo-cristianismo nefasto y contradictorio en las tensiones profundas de su letra mortal. Hyperbórea, mystica y lyrica, renovará la existencia theándrica por un nuevo connubio con el Mysterio del Graal. ¿Es posible este horizonte?

Alta Gracia
enero de 1994

---

[1] *Milagros de Nuestra Señora*, Introducción, estrofa 16: "Tolgamos la corteza, al meollo entremos, / Prendamos lo de dentro, lo de fuera dessemos."